

## La Iglesia, pueblo de Dios

La Iglesia se entiende a sí misma como pueblo de Dios del Nuevo Testamento; de esta autointerpretación da testimonio la liturgia. Los textos litúrgicos sobre el pueblo de Dios interpretan el sentido de esta autodenominación de la Iglesia, porque casi la mitad de ellos están compuestos con citas del Antiguo Testamento. La Iglesia

tiene conciencia de ser el pueblo de Dios, porque se entiende como heredera del viejotestamentario pueblo de Dios, se entiende como la Iglesia del Dios de Israel (véase, por ejemplo, los introitos del segundo domingo de Cuaresma y del veintidós después de Pentecostés).

### 1. Testimonio de la Liturgia

Vamos a citar primero los textos en cuestión, si no completos, al menos en gran parte.

1. Empezamos con los textos en que la Iglesia se atribuye textos del Antiguo Testamento sobre el pueblo de Dios. El Gradual del Domingo de Quincuagésima dice, con las palabras del Salmo 76, 15: «Tú eres el Dios que obras prodigios. Tú mostraste tu poder entre las gentes. Con tu brazo rescataste a tu pueblo, los hijos de Jacob y de José.» En el Tracto del mismo domingo se cita el salmo 99, 1-2: «Sabed que Yavé es Dios, que El nos hizo y suyos somos, su pueblo y la grey de su pastizal.» La segunda antífona de la imposición de la ceniza dice: «Entre el pórtico y el altar lloren los sacerdotes, ministros de Yavé, diciendo: ¡Ten piedad de tu pueblo, oh Yavé, y no tapes la boca de aquellos que te alaban!» (cfr. *Joel*, 2, 17; *Est.* 13, 17). El Tracto del II Domingo de Cuaresma reza así: «¡Aleluya! Dad gracias a Yavé, porque es bueno, porque es eterna su misericordia. ¿Quién podrá contar todo lo que poderosamente hizo, darle toda la alabanza que merece? Bienaventurados los que guardan su Ley, los que siempre obran la justicia. Acuérdate de mí, oh Yavé, en tu benevolencia hacia tu pueblo; visítame con tu socorro» (*Ps.* 105, 1-4). El Gradual del miércoles después del II Domingo de Cuaresma dice: «Señor, salva a tu pueblo, bendice a tu propiedad.» El ofertorio del jueves después del II Domingo de Cuaresma dice (*Ex.* 32, 11. 13): «Moisés imploró a Yavé, su Dios, y le dijo: ¿Por qué, oh Yavé, vas a desfogar tu cólera contra tu pueblo, que sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y brazo fuerte...? Acuérdate de Abraham, de Isaac y Jacob, tus siervos, a los cuales, jurando por tu nombre, dijiste: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda la tierra de que os he hablado se la daré a vuestros descendientes en eterna posesión.» Texto parecido es el ofertorio del domingo XII después de Pentecostés. En la Comunión del martes después del III Domingo de

Cuaresma se dice: «Venga ya de Dios la salvación de Israel, y mudando Yavé la suerte de su pueblo, jubile Jacob y alégrese Israel» (*Ps.* 13, 7). El introito del jueves después del III Domingo de Cuaresma reza así: «Así dice el Señor: soy la salud del pueblo; en la necesidad escucharé a los que me invoquen; quiero ser eternamente su señor. Atiende, pueblo mío, a mi doctrina, dad vuestros oídos a las palabras de mi boca» (cfr. *Ps.* 77, 1). El introito del V Domingo después de Pascua dice: «Anunciad, pregonad la buena nueva, que llegue hasta los confines de la tierra; el Señor ha liberado a su pueblo, cantad a Dios, oh tierra toda, cantad salmos a su nombre, dadle la gloria de la alabanza» (*Ps.* 65, 1; *Is.* 48, 20). En el ofertorio del octavo domingo después de Pentecostés está el siguiente texto del salmo 17, 29. 32: «Tú salvas al humilde (pueblo) y humillas al soberbio. No hay más Dios que Tú.» El Gradual del Domingo XVII después de Pentecostés está compuesto del salmo 32, 12: «Venturoso el pueblo cuyo Dios es Yavé, el pueblo que El se eligió por heredad. Por la palabra de Yavé fueron hechos los cielos y todo su ejército por el aliento de su boca.» El ofertorio del III Domingo de Adviento cita el *Ps.* 84, 7: «¿No vas a devolvernos la vida, para que tu pueblo pueda gozarse en ti? Haznos ver, oh Yavé, tus piedades y danos tu ayuda salvadora.»

2. Sin citar el Antiguo Testamento, la Iglesia se llama a sí misma pueblo de Dios en muchas oraciones *de tempore*. A continuación citamos algunas: «Omnipotente y sempiterno Dios, que gobiernas a la par cielos y tierra, escucha clemente las súplicas de tu pueblo, y concede la paz a nuestros días» (II Domingo después de Epifanía). «Rogámoste, Señor, mires benigno la devoción de tu pueblo; y, pues, por la abstinencia se mortifican en el cuerpo, alimenta su alma con el fruto de las buenas obras» (Jueves después del I Domingo de Cuaresma). «Te rogamos, Señor, mires propicio a tu pueblo; y que, por tu clemencia, apartes de él los azotes de tu ira» (Sábado de Témporas de Cuaresma). «Rogámoste, Señor, mires propicio a tu pueblo, y concedes que se abstengan de los vicios, aquéllos a quienes mandas abstenerse de los manjares de la carne» (Miércoles después del II Domingo de Cuaresma). «Te rogamos, Señor, concedes a tu pueblo la salud del alma y del cuerpo; para que, practicando las buenas obras, merezca ser siempre defendido con tu protección» (Lunes después del Domingo de Pasión; igualmente el martes de la misma semana). En las oraciones del Viernes



Santo se reza: «Dios omnipotente y eterno, por cuyo juicio subsisten todas las cosas: acoge benigno nuestras súplicas, y conserva por tu bondad al Obispo que nos has escogido, para que el pueblo cristiano que, bajo un tan gran Pontífice, es dirigido por tu autoridad, vea aumentarse los méritos de su fe.» En los Improperios del Viernes Santo se pone en boca del Señor la queja siguiente: «¡Pueblo mío! ¿Qué te hice? O ¿en qué te he contristado? Respóndeme. ¿Porque te saqué de la tierra de Egipto, preparaste una Cruz a tu Salvador?» En la oración primera del rito de la bendición de la Pila bautismal, el Sábado Santo, se reza así: «Oh Dios, todopoderoso y eterno, mira propicio la devoción de tu pueblo que va a renacer, y que, como ciervo, suspira por la fuente de tus aguas; y concédele, que la sed de su fe santifique por el sacramento del bautismo su cuerpo y su alma.» En la oración del lunes de Pascua se dice: «Oh Dios, que con la solemnidad pascual diste al mundo remedio: suplicámoste sigas favoreciendo a tu pueblo con dones celestiales para que merezca conseguir la perfecta libertad, y adelante hacia la vida eterna.» En la oración del IV Domingo después de Pascua encontramos estas palabras: «Oh Dios, que unes las almas de los fieles haciendo de ellas una sola voluntad: concede a tus pueblos amar lo que mandas y desear lo que prometes: para que, en medio de la inestabilidad de las cosas humanas, tengamos fijos nuestros corazones allí donde están los verdaderos goces.» En la oración del Domingo XXIII después de Pentecostés se reza: «Rogámoste, Señor, absuevas a tu pueblo de sus delitos; para que seamos libres, por tu bondad, de los lazos de los pecados, que nuestra flaqueza nos ha hecho cometer.»

Esta autodenominación de la Iglesia como pueblo de Dios la encontramos también en otras oraciones, en las de las fiestas de los santos. Así en la oración del 18 de mayo se dice: «Oh Dios, que consagraste este día con el triunfo de su Santo Mártir Venancio, oye las súplicas de tu pueblo y haz que, pues veneramos sus méritos, imitemos su constancia en la fe.» «Oh Dios, que diste a tu pueblo por ministro de la salvación eterna a San N., haz, te rogamos, que merezcamos tener por intercesor en los cielos al que tuvimos por Doctor de vida en la tierra» (Oración del común de Santos Doctores). «Acepta, Señor, la oblación de tu sagrado pueblo en honor de tus santos, por cuyos méritos reconoce haber recibido auxilio en la tribulación» (Secreta de la Misa de varias vírgenes y mártires).

3. Antes de pasar a interpretar el concepto pueblo reflejado en estos textos, hay que señalar que en la liturgia nos encontramos con otras representaciones de pueblo. Pero no cabe duda alguna de que en los textos aducidos la Iglesia se entiende a sí misma como pueblo. Sin embargo, hay textos que expresan claramente el pensamiento de que la Iglesia se compone de pueblos, tomándose entre vocablo para designar un grupo nacional o político, cuyos miembros pertenecen a la Iglesia. Así en las oraciones del jueves después del I Domingo de Cuaresma se dice: «Concede, Señor, a los pueblos cristianos, que comprendan lo que confiesan, y amen los dones celestiales, que tan a menudo reciben.» En el Tracto del Sábado de Témporas de Cuaresma, se invita a los pueblos, siguiendo el salmo 116, 1, a alabar al Señor: «Naciones todas, alabad al Señor; alabadle, todos los pueblos. Porque se ha confirmado sobre nosotros su misericordia, y la fidelidad del Señor permanece eternamente.» Igualmente, en las oraciones solemnes del Viernes Santo, se dice: «Dios omnipotente y eterno que en Cristo revelaste tu gloria a todos los pueblos, guarda las obras de tu misericordia, para que tu Iglesia, extendida sobre la tierra, persevere con fe estable en la confesión de tu nombre.» «Oh Dios, Padre sumo de los fieles, que multiplicas sobre la tierra los hijos de la promesa por la efusión de la gracia adoptiva, y que por el misterio pascual constituiste a Abraham padre de todas las naciones, como lo juraste, concede a tus pueblos entrar dignamente a la gracia de tu vocación» (Oración después de la tercera profecía del Sábado Santo).

«Oh Dios, que reuniste las diversas naciones en la confesión de tu nombre; concédenos que queramos y podamos hacer lo que mandas, para que tu pueblo, llamado a la eterna gloria, tenga una misma fe en el alma y una misma piedad en las acciones» (Oración después de la décima profecía del Sábado Santo). «Oh Dios, alteza de los humildes y de los justos, que quisiste enseñar a tu pueblo el canto de este himno sagrado, por medio de Moisés tu siervo, para que la repetición de la ley fuese una instrucción para nosotros, muestra tu poder a todas las naciones que justificaste, y concede la alegría mitigando el terror, para que, borrados los pecados de todos con tu perdón, la amenaza del castigo se cambie en salvación» (Oración después de la undécima profecía del Sábado Santo). «Dios omnipotente y eterno, asiste a los misterios de tu piedad, asiste a estos sacramentos, y envía el espíritu de adopción para regenerar a los nuevos pueblos que han de ser engendrados por la



eficacia de tu poder, se cumpla lo que obra nuestro humilde misterio» (segunda oración de la bendición de la pila bautismal). Y en el Prefacio: «Oh Dios, cuyo Espíritu flotaba sobre las aguas en el comienzo del mundo, para que ya desde entonces recibiese la naturaleza del agua la virtud de santificar. Oh Dios, que purificando con las aguas los crímenes del mundo malvado, manifestaste con el mismo diluvio un símbolo de la regeneración, para que un mismo elemento, por modo admirable, fuese fin del pecado y origen de las virtudes. Mira, Señor, a tu Iglesia, y multiplica en ella el número de los regenerados, Tú que con el ímpetu y afluencia de tu gracia alegras tu ciudad y abres la fuente del bautismo por todo el mundo para regenerar las naciones, para que, bajo el imperio de tu Majestad, reciba la gracia de tu Unigénito, por la virtud del Espíritu Santo.» La oración del Jueves de Pascua dice: «Oh Dios, que reuniste a las diversas naciones en la confesión de tu nombre, da a los regenerados por la fuente bautismal la misma fe del alma y la misma piedad en sus obras.» «Oh Dios, que explicaste a la luz del Nuevo Testamento los milagros obrados en los primeros tiempos, de suerte que el mar Rojo figurara la sagrada fuente, y el pueblo libertado de la esclavitud de Egipto prefigurase los sacramentos del pueblo cristiano, haz que todas las gentes alcancen por el mérito de su fe, el privilegio de Israel y sean regeneradas por la participación de tu Espíritu» (segunda oración de la Vigilia de Pentecostés). «Oh Dios, gloria de los fieles y vida de los justos, que por Moisés tu siervo, nos enseñaste también a nosotros la modulación del canto sagrado, derrama sobre todos los pueblos el don de tu misericordia, concediendo la felicidad y alejando el terror, para que la amenaza de castigo se trueque en remedio eterno» (tercera oración de la Vigilia de Pentecostés). «Señor Dios de las virtudes, que reparas lo abatido y conservas lo reparado, multiplica los pueblos que han de ser renovados por la glorificación de tu nombre, para que cuantos son lavados con el sagrado bautismo sean siempre guiados por tu inspiración» (sexta oración de la Vigilia de Pentecostés).

4. Además de este concepto de pueblo, tan amplio, que abarca a toda la Iglesia, la Liturgia habla de otro más concreto y particular. La expresión pueblo no sólo sirve para todos los miembros de la comunidad eclesial, sino que también se usa para designar a los seglares, distintos de los clérigos. Así lo leemos en el Canon de la Misa, después de la Consagración: Nosotros, tus siervos, y asimismo, tu santo pueblo (*plebs tua sancta*).

5. Con la idea de pueblo de Dios está emparentada la representación de la Iglesia como familia. Vamos a transcribir algunos ejemplos. En la oración del lunes después del II Domingo de Cuaresma se reza: «Otórganos, rogámoste, Dios omnipotente que tu familia, que mortificando su carne se abstiene de los manjares, practicando la justicia ayune del pecado.» «Guarda, Señor, te rogamos, con continua misericordia a tu familia, de modo que, pues, se apoya en la sola esperanza de la gracia celestial, sea sostenida por la protección del cielo» (Oración sobre el pueblo del sábado después del II Domingo de Cuaresma). «Defiende, te rogamos, Señor, a tu familia, para que por tu concesión logremos los remedios de salvación eterna que buscamos bajo tu inspiración» (Oración del Sábado de Témperas de septiembre). La oración del Domingo XXI después de Pentecostés reza así: «Suplicámoste, Señor, guardes a tu familia con continua piedad, para que protegida por Ti, esté libre de toda adversidad y consagrada por buenas obras a glorificar tu nombre.» «Saciaste, Señor, a tu familia con los dones sagrados; te rogamos nos fortalezcas siempre con la intercesión de aquella cuya festividad celebramos» (Postcomunión de la Misa de varias vírgenes y mártires). Al igual que al referirnos al concepto de pueblo, hay que distinguir en el concepto de familia sus varias aplicaciones y significados. Se usa tanto para designar toda la comunidad cristiana como para representar a los seglares, que se distinguen de la jerarquía. En este sentido se nos dice en el Canon de la Misa: «Te rogamos, pues, oh Señor, aceptes propicio esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia...»

## *II. Interpretación de la idea de «pueblo» a través de las Sagradas Escrituras*

1. Vamos a interpretar ahora el concepto «pueblo»; no es comprensible a partir de los textos mismos. Para su interpretación hace falta acudir a la Sagrada Escritura. Ya hemos dicho varias veces que según el testimonio de la Escritura, la Iglesia tenía conciencia de ser el pueblo de Dios; por tanto, esa autodenominación de la Iglesia sólo puede ser entendida desde el Antiguo Testamento. El viejotestamentario pueblo de Dios había sido elegido por Dios; a él se le habían hecho las más importantes promesas; Dios le había impuesto un determinado orden; en el culto veneraba a Dios, Señor



de la alianza; el orden político del Antiguo Testamento era teocrático. El pueblo que Dios había elegido tenía carácter nacional. En este sentido era igual que los demás pueblos; se distinguía de ellos por la gracia especial que le había sido concedida y por la misión que le había sido confiada. Tenía que ensalzar el nombre de Dios ante todos los demás pueblos y honrar a Dios entre ellos y dar a luz al Mesías. Esta misión era representativa y el pueblo de Israel tenía que cumplirla en nombre de todos.

El pueblo empezó en Abraham y sus doce biznietos, hijos de Jacob, patriarca del pueblo. Se configuró a través de la liberación de Egipto y marcha por el desierto. No olvidó la memoria de esa su historia dispuesta por Dios; la celebraba de distintas maneras, en su culto habían entrado sobre todo la celebración del día de la liberación de Egipto y la de la imposición del orden político en el Sinaí (por ejemplo, *Ex.* 15, 31; *Deut.* 26, 5-9; *Num.* 20, 15; 24, 8; *I Sam.* 4, 8; 10, 18; *Am.* 2, 9; 9, 7; *Os.* 11, 1; *Miq.* 6, 3-5; *Jer.* 2, 1; 32, 20; *Ex.* 20, 5; *Is.* 43, 16; *Ps.* 68, 8; 77; 78; 80; 95; 105; 106; 107; 114; 135; *Ex.* 6, 6; 20, 2; 6, 7; 29, 46; 24, 9-11; *Lev.* 11, 45; 25, 38; *Num.* 15, 41; *Deut.* 4, 37; 5, 6. 15; 6, 12, 21; 7, 8; 13, 6; 24, 8; *II Reg.* 17, 36; *II Sam.* 7, 23; *Is.* 63, 9; *Os.* 12, 10; 13, 4; *Jer.* 2, 2; *Ps.* 74, 2). En este orden coincidían comunidad nacional y comunidad de fe. Aunque el pueblo estaba abierto para los pertenecientes a otros pueblos, éstos sólo podían incorporarse a la comunidad de fe ajustándose al orden político. Abraham era el padre de la fe y el padre de la sangre.

Si el pueblo hubiera permanecido siempre fiel a la alianza y obediente a la llamada de Dios, la revelación de Dios habría sido accesible a todos los demás pueblos hasta el fin de los tiempos únicamente mediante ese ajustamiento al orden del pueblo de Dios y sólo por él habría sido realizable la fe. En tal caso no sólo habría sido válido el principio de que la salvación descende de los judíos (*Is.* 4, 22), sino que habría habido que decir que la salvación tiene en el pueblo judío su lugar y ámbito perduraderos.

2. Pero el pueblo fué infiel a su vocación y Dios le sustituyó por otro nuevo. Pero la novedad no es total, sino que sigue habiendo una relación con el antiguo pueblo de Dios. La relación es múltiple dentro de la diversidad: en primer lugar la historia del antiguo pueblo de Dios fué el camino hacia el nuevo (cfr. *Act.* 2); en el antiguo pueblo de Dios hay que ver, además, un anteproyecto del nue-



vo; y, por fin, los dones de gracia concedidos al antiguo pueblo de Dios han sido transferidos al nuevo.

A pesar de todo, la diferencia es profunda. Ya hemos destacado antes las principales diferencias (§ 167 b, VI, 3). Las promesas de Dios están cumplidas; es cierto que no han sido definitivamente cumplidas, pero sí en parte porque el Mesías prometido ha aparecido en la historia. La esperanza no se dirige exclusivamente hacia el futuro como antes de venir Cristo, sino que la esperanza en el cumplimiento definitivo se apoya en la realidad del precumplimiento ocurrido en Cristo y no sólo en las promesas de Dios.

Pero lo más característico del nuevo pueblo de Dios es que no está ligado a la sangre. El hombre no nace incorporado al nuevo pueblo de Dios, como ocurría en el antiguo; no hay ningún cristiano de nacimiento en sentido fisiológico. El hombre se hace miembro del nuevo pueblo de Dios sólo mediante la fe y el bautismo (cfr. §§ 206 y 238), porque el neotestamentario pueblo de Dios es un pueblo en el espíritu; sus miembros son unidos en profunda comunidad por el Espíritu de Dios. La Sagrada Escritura y los Santos Padres les llaman muchas veces «hermanos» (*Act.* 1, 15; 2, 29; 3, 17; 17, 24; 9, 30; 10, 23; 11, 1; 12, 17; *I Thess.* 4, 10; 5, 26; *Sant.* 1, 2. 9; 2, 1. 44; *Rom.* 9, 3); pero no son hermanos de sangre, sino hermanos en el Espíritu Santo. El presupuesto de este pueblo no es un proceso biológico, sino la resurrección de Jesucristo, es decir, la ruptura y superación de todo lo biológico y natural. La Iglesia, por tanto, no es sólo sucesora del antiguo pueblo de Dios; es un pueblo nuevo y no sólo en el sentido cronológico del antes y después, sino en el sentido de que es una nueva creación sobre la base de la antigua. Este pueblo de Dios creado de nuevo es también la integración del antiguo en su verdadero y pleno sentido. Dahl, en la página 270 de la obra citada, dice: «La conciencia de la antigua Israel estaba históricamente orientada; Israel era el pueblo de JAHVE, porque era el pueblo liberado de Egipto. En el judaísmo tardío la fe histórica en la elección no era determinante ni constitutiva en la misma medida, sobre todo, porque la salvación puramente intramundana de la esclavitud de Egipto no satisfacía ya las necesidades de salvación. Dentro del Nuevo Testamento la Iglesia se convierte en pueblo de Dios gracias también a un suceso histórico—y sólo gracias a él—, pero ese suceso, muerte y resurrección de Cristo no es un suceso de la historia natural o intramundana, sino que significa la irrupción en este mundo del mundo de Dios, totalmente distinto. Por eso

ha perdido sentido para el pueblo la liberación de Egipto; no es más que un modelo, un «typos», que apunta a la nueva salvación. La salvación ha sido elevada a un plano nuevo al que conducen algunas líneas del judaísmo tardío, en cuanto que la transformación de Israel ocurrida en el judaísmo tardío consiste en un cambio desde una magnitud histórica a una magnitud suprahistórica. Pero como el nuevo pueblo de Dios es constituido también por un suceso histórico, la idea neotestamentaria de la Iglesia significa en el nuevo plano una vuelta a la viejotestamentaria.»

3. Cuando esta comunidad en el Espíritu es llamada «pueblo», el nombre no puede tener ni el sentido corriente que tiene la palabra pueblo, ni el que tenía en el Antiguo Testamento; ya que este nuevo pueblo de Dios se compone de hombres que pertenecen a todos los pueblos—entendido aquí el término en sentido histórico-natural—. Es un pueblo de pueblos; en esta afirmación las palabras «pueblo» y «pueblos» tienen significación distinta; la Iglesia es un pueblo creado por el Espíritu de pueblos formados biológicamente e históricamente acuñados. Si se llama pueblo y se entiende y define como pueblo, sólo puede explicarse por su sola relación con el antiguo pueblo de Dios; pero tal relación explica tanto el hecho de su nombre como su sentido. La Iglesia es el verdadero Israel, porque es el Israel en el Espíritu; el antiguo Israel era una sombra anteproyectada; era el Israel «según la carne»; el Israel natural en el sentido de que había sido configurado por Dios en esa su vida natural y también en el sentido de que en su existencia de pueblo debía cumplir funciones trascendentes y preparar el camino al nuevo Israel.

4. La Sagrada Escritura del Nuevo Testamento nos ofrece esa interpretación de la Iglesia de múltiples maneras; en el mismo nombre de Iglesia se vislumbra esa interpretación, como ya dijimos (cfr. § 166 b, I, 1-14). A veces la encontramos en todas las formas del término «pueblo» (*laos*), pero lo decisivo no es el uso de la palabra; la realidad misma llena toda la Sagrada Escritura, sobre todo, las epístolas de San Pablo. Ahora no tenemos más que explicar la autodenominación de la Iglesia como pueblo de Dios y su conciencia de haber recogido la herencia del Antiguo Testamento; no tenemos que explicar la relación del antiguo pueblo de Dios al nuevo.



Todas las epístolas de San Pablo atestiguan la tesis de que la Iglesia tiene conciencia de ser el nuevo pueblo de Dios, aunque la palabra pueblo no aparece en sus escritos con excesiva frecuencia. La representación objetiva de la Iglesia como pueblo de Dios está en el centro de las reflexiones eclesiológicas de San Pablo, sobre todo, en la epístola a los Gálatas y en la primera a los Corintios; pero también en Romanos desempeña un papel decisivo; aparece también en las epístolas pastorales y desaparece en Colosenses. Vamos a estudiar algunos detalles. Los capítulos 3 y 4 de la epístola a los Gálatas demuestran que los convertidos al cristianismo son la verdadera descendencia de Abraham, el verdadero Israel, los verdaderos herederos de las promesas. Según la Sagrada Escritura Dios imputó a Abraham su fe como justicia y le dió la promesa de que en él serían bendecidos todos los pueblos. De esto deduce San Pablo que quienes viven de la fe, y sólo ellos, son los verdaderos hijos de Abraham y no quienes descienden de su sangre (*Gal.* 3, 7; cfr. *Rom.* 4, 11). Estos son la Israel «según la carne» (*I Cor.* 10, 18). Añade todavía otra razón: «Pues a Abraham y a su descendencia fueron hechas las promesas. No dice a sus descendencias como de muchas, sino de una sola: «Y a tu descendencia, que es Cristo» (*Gal.* 3, 16). Pero los cristianos se han hecho uno con Cristo y por eso son la progenie de Abraham y los herederos de la promesa. La interpretación del hecho de las dos mujeres de Abraham lleva al mismo resultado. La Israel empírica con su Jerusalén visible es la descendencia biológica que nace de la sangre; los cristianos, en cambio, son la descendencia regalada en virtud de la promesa hecha a Abraham. Los cristianos son hijos de Sara, los judíos no conversos son hijos de Agar (*Gál.* 4, 21-31). También en *I Cor.* llama San Pablo a la Iglesia «pueblo de Dios» citando un texto del Antiguo Testamento: «¿Qué concierto entre el templo de Dios y los ídolos? Pues vosotros sois templo de Dios vivo, según Dios dijo: Yo habitaré y andaré en medio de ellos, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (*II Cor.* 6, 16). De modo semejante habla San Pablo en la epístola a los Romanos, sobre todo en 4, 1-25 y 9-11. En el capítulo 11 explica San Pablo que Dios no rechazó a su pueblo, porque no se retractó de sus promesas, pero que había formado una nueva unidad de gentiles y de la parte del pueblo que siguió creyente. El nuevo pueblo está bajo la influencia del Espíritu (*Rom.* 8, 5), el antiguo era «carnal» (*Rom.* 2, 29; 5, 25; cfr. 2, 28; *Eph.* 2, 11). En la epístola a los Filipenses en que desarrolla su dura polémica



contra los judaístas, dice: «...porque la circuncisión somos nosotros, los que servimos en el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús y no ponemos nuestra confianza en la carne» (3, 2-4). Como los cristianos son los verdaderos hijos de Abraham les pertenecen también las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento: están escritas para los cristianos que son el verdadero Israel. El antiguo Israel no puede entender sus propias Escrituras (*Rom.* 15, 4; *I Cor.* 9, 10; 10, 11; *II Cor.* 3, 14). En la epístola a Tito dice el Apóstol: «Con la bienaventurada esperanza en la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Cristo Jesús, que se entregó por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y adquirirse un pueblo propio, celador de obras buenas» (*Tit.* 2, 13-14). También en la epístola a los Hebreos es llamada la Iglesia expresamente nuevo pueblo de Dios (*Hebr.* 4, 9). Refiriéndose a *Jer.* 31, 31-34 dice el autor que en Cristo ha ocurrido la nueva alianza profetizada. La Iglesia puede, pues, aplicarse la palabra de Yavé: «Imprimiré mis leyes en su mente, y en sus corazones las escribiré. Y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo» (*Hebr.* 8, 10). Cfr. A. Wickenhauser, *Die Kirche als der mystische Leib Christi nach dem Apostel Paulus* (1937), 13-21.

El antiguo pueblo de Dios había sido elegido por Dios y también la pertenencia al nuevo se apoya en la elección de Dios (por ejemplo, *I Thess.* 1, 4; *Rom.* 9-11).

Por mucho que acentúe San Pablo el carácter espiritual del nuevo pueblo de Dios en contraste con la unidad de sangre del antiguo, no dice que el nuevo pueblo de Dios exista sólo en el ámbito de lo invisible; aparece visiblemente en el ámbito de la historia como realidad obrada por el Espíritu y llena de El. Hablaremos sobre este tema en el tercer capítulo de esta sección.

También en los demás escritos neotestamentarios es testificada objetivamente la tesis de que la Iglesia es el nuevo pueblo de Dios. La encontramos ya en las palabras de Juan Bautista, al hablar a las turbas: «No os forjéis ilusiones diciéndoos: Tenemos a Abraham por padre. Porque yo os digo que Dios puede hacer de estas piedras hijos de Abraham» (*Mt.* 3, 9). Con estas palabras Juan Bautista hace una dura crítica de la teología sinagoga de la sangre. Indirectamente afirma con decisión el pueblo de Abraham, ya que los hijos, que Dios puede hacer surgir de las piedras, son llamados por él hijos de Abraham, pero a la vez esas palabras expresan que Dios puede empezar una nueva generación que no proceda de Abraham. Aquí vemos dibujarse la diferencia entre el pueblo de Abraham

natural y unido por la sangre, y el pueblo espiritual de Abraham. El nuevo está unido al antiguo y a la vez lo trasciende, lo mismo que el espíritu está unido a la carne y la trasciende. También aparece claro que el pueblo espiritual no es puramente invisible, sino una realidad que está en el ámbito de los sentidos. Jesús recoge lo preparado por Juan y lo continúa. Exige la plena conversión y amenaza que será arrebatado a Israel y dado a otro pueblo todo lo que Dios ha prometido, en caso de que el pueblo no crea en El ni se convierta (por ejemplo, *Mt.* 8, 11; 28, 8; 23, 38; *Mc.* 12, 9; *Lc.* 14, 21). En muchas parábolas se expresa esta amenaza. Al ir siendo cada vez más claro que su pueblo le rechazará, se dibuja cada vez con más precisión la separación del antiguo y nuevo pueblo de Dios. El hecho de que la antigua comunidad rechace a Cristo, fundador y señor de la nueva Alianza, plenipotenciario del Padre (*Mt.* 11, 16-24; *Mc.* 13, 2; *Lc.* 13, 6; 19, 41) no puede ser el fin del pueblo de Dios, porque las promesas de Dios son irrevocables (*Mt.* 5, 13; *Lc.* 12, 32). También la purificación del templo al expulsar a los mercaderes significa un reproche contra las degeneraciones del antiguo pueblo y una alusión a la creación del nuevo. Lo mismo significa la profecía de Jesús de que en tres días reedificará el templo destruido (*Mt.* 26, 61; *Act.* 6, 14). También estas palabras son una mirada a la renovación del pueblo de Dios en el nuevo eón. Pero aunque Cristo ve surgir el nuevo pueblo de Dios y lo quiere, para El existe también el antiguo, porque el nuevo tiene carácter de cumplimiento (*Mc.* 1, 15). En el reino perfecto habrá que sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, patriarcas del antiguo pueblo de Dios (*Mt.* 8, 11; *Lc.* 22, 6; *Mc.* 14, 25). Los varones que fueron padres del antiguo pueblo de Dios lo son también del nuevo, según las palabras de Cristo. Por eso son también los israelitas los primeros invitados a entrar en el nuevo pueblo de Dios (*Mt.* 8, 12; 21, 43; *Lc.* 14, 15; *Mt.* 22, 1).

Así se comprende que para la primitiva comunidad fuera fundamental la idea de ser el pueblo de Dios; de esto dan testimonio amplio los *Hechos de los Apóstoles*. Testimonio especialmente claro es también la primera epístola de San Pedro, que dice lo siguiente: «A El habéis de allegaros como a piedra viva rechazada por los hombres, pero por Dios escogida, preciosa. Vosotros como piedras vivas sois edificados en casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por Jesucristo.» Por lo cual en la Escritura se lee: «He aquí que yo pongo en Sión una piedra



angular, escogida, preciosa, y el que creyere en ella no será confundido.»

Para vosotros, pues, los creyentes, es honor, mas para los incrédulos esa piedra, desechada por los constructores y convertida en cabeza de esquina, es «piedra de tropiezo y roca de escándalo». Rehusando creer, vienen a tropezar en la palabra, pues también a eso fueron destinados. Pero vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para pregonar el poder del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Vosotros, que en un tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios; no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis conseguido misericordia. Os ruego, carísimos, que, como peregrinos advenedizos, os abstengáis de los apetitos carnales que combaten contra el alma» (*I Pet.* 2, 4-11). Según este texto la Iglesia es el nuevo pueblo de Dios; es descrito en expresiones que originariamente se aplicaron al antiguo pueblo de Dios, pero que son apropiadas para describir la Iglesia, porque la Iglesia es el cumplimiento de lo que significa el antiguo pueblo de Dios en pleno y auténtico sentido.

De modo parecido es caracterizada la Iglesia en el Apocalipsis de San Juan. Según el capítulo 18 el ángel que San Juan contempla en la visión grita con voz potente: «Cayó, cayó la gran Babilonia, y quedó convertida en morada de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y abominable; porque del vino de la cólera de su fornicación bebieron todas las naciones, y con ella fornicaron los reyes de la tierra, y los comerciantes de toda la tierra con el poder de su lujo se enriquecieron» (*Apoc.* 18, 1-3). Entonces oyó el vidente otra voz del cielo, que decía: «Sal de ella, pueblo mío, para que no os contaminéis con sus pecados y para que no os alcance parte de sus plagas» (18, 4). En la visión del nuevo cielo y de la tierra nueva oye Juan una voz que dice desde el trono: «He aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres, y erigirá su tabernáculo entre ellos, y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será con ellos, y enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado» (*Apoc.* 21, 3). En este texto aparece a la vez el carácter escatológico del nuevo pueblo de Dios.

5. Al pueblo pertenece el rey. Dios mismo era el rey del pueblo en el Antiguo Testamento; los reyes terrenos eran representantes suyos y a la vez eran encarnación del pueblo. El bien del rey era



el bien del pueblo; por eso estaba en especial relación con Dios. Era el ungido de Dios (*Ps.* 2, 2; 18, 21; *I Sam.* 26, 9), su hijo (*Ps.* 2, 7; 89, 27; *II Sam.* 7, 4), el elegido de Yavé (*Ps.* 78, 70); 89, 4. 20; *I Sam.* 12, 24; 15, 26; *I Reg.* 8, 16; 10, 9; *Neh.* 13, 26), pero a la vez era el siervo (*II Sam.* 3, 18; 7, 26; *I Reg.* 8, 24. 28. 66). Todos los reyes del viejotestamentario pueblo de Dios son superados por David; mediante él reina Yavé de un modo especial; según *Mt.* 1, 6 (*Act.* 13, 22) es ascendiente y padre de Jesucristo.

Así resulta que Cristo mismo es rey y le corresponde el trono de su padre David (*Mt.* 2, 2; 27, 11. 29. 37; *Mc.* 15, 2. 9. 12. 18. 26; *Lc.* 23, 3. 23; *Jo.* 18, 33. 37. 39; 19, 3. 14. 19. 21). Es rey por ser Mesías. Esta relación se expresa en la denominación de Jesús como rey de Israel (*Mt.* 17, 32; *Mc.* 15, 32; *Jo.* 1, 49; 12, 13). Cuando la Israel carnal rechazó a su Mesías y rey, Cristo se convirtió en rey de la nueva Israel en el espíritu. Las Escrituras neotestamentarias raras veces lo llaman así, pero significan lo mismo con el nombre de Señor, Kyrios; Cristo es el Señor y dominador del nuevo pueblo de Dios fundado por El; es superior a todos los demás señores; es el rey de los reyes y señor de los señores (*I Tim.* 6, 15). Al fin de los tiempos devolverá su reinado a Dios-Padre (*I Cor.* 15, 24). Su dominio sobre el pueblo que le pertenece tendrá carácter de servicio, ya que regala al pueblo que gobierna la verdadera y auténtica vida. El mismo es la vida de su pueblo.

El hecho de que el Padre sea llamado algunas veces rey (*I Tim.* 1, 17; *Mt.* 5, 35; 14, 9; 18, 23; 22, 2. 7. 11. 13) no está en contradicción con el dominio de Cristo sobre el pueblo configurado por El; porque Cristo es rey en cuanto enviado y autorizado del Padre, en cuanto portador del reinado de Dios en la historia.

### III. La Iglesia como pueblo de Dios en los Santos Padres

1. La idea del pueblo de Dios fué recogida y continuada en la época posapostólica, sin explicarla ni profundizarla. El Pastor de Hermas ofrece la siguiente imagen: «La Iglesia es la viña de Dios, el pueblo que ha creado y entregado a su siervo» (cfr. V. 2, 2. 6). Sus fieles son los siervos de Dios en tierra extraña (1, 1). El arcángel Miguel tiene el dominio sobre este pueblo; era antiguamente patrono de Israel (cfr. VIII. 3, 3; *Dan.* 10, 13. 21; 12, 1). Se indica también cómo en sucesión ininterrumpida va el camino desde la primera

generación hasta los apóstoles y doctores del mensaje del Hijo de Dios, pasando por los patriarcas y profetas (IX. 15, 4).

También en los Padres apologetas desempeña un papel notable la idea del nuevo pueblo de Dios. Según Justino, mártir, la Revelación se entregó al pueblo de Dios, es decir, al antiguo Israel; pero ahora Israel es la Iglesia (*Diálogo* 123, 6. 9). Dice expresamente: «Nosotros somos el verdadero Israel espiritual, la generación de Judá y Jacob, de Isaac y de Abraham» (*Ibidem* 11, 5). Según él existen dos progenies de Judá y dos pueblos de Jacob: el uno ha nacido de la carne y de la sangre y el otro de la fe y del espíritu (135, 6). El pueblo nacido de la fe y del espíritu es el pueblo de Dios, el pueblo prometido en otro tiempo a Abraham (119, 3. 4), heredero de Dios (123, 6). Cristo es el primogénito y fundador de este pueblo que es nuevo, aunque desciende del antiguo (138, 2). Los cristianos son los herederos de Abraham (25, 1; 26, 1; 119, 5). Las Sagradas Escrituras del judaísmo son ahora propiedad de la Iglesia (29, 2).

Dentro de la misma tradición está San Ireneo y así aparece sobre todo en su obra *Epideixis* y en el libro cuarto de su escrito *Contra las herejías*. Dice, en uno de los pasajes: «Hemos demostrado claramente, y lo haremos con más claridad, que los profetas, los apóstoles y Cristo no conocieron otro Dios y Señor» (lib. 3, 9, 1; lib. 4, 36; 4, 2). La Iglesia es la descendencia de Abraham (lib. 4, 15, 2). Ireneo defendió esta tesis polemizando con la sinagoga más que Justino, mártir.

San Hipólito describe extensamente a la Iglesia como pueblo de Dios (A. Hamel, *Der Kirchenbegriff Hippolyts*, 1929). La voluntad de Dios hace dos llamamientos: a los gentiles y a los padres. El pueblo de la circuncisión es el primer pueblo. Pero en el Antiguo Testamento la luz estaba todavía bajo el celémín. Tenía que romperse el recipiente para que se pudiera difundir el perfume que los santos padres esperaban. Ahora el pueblo de Dios son los cristianos; Jacob es su prototipo. Esaú fué el prototipo de los llamados al principio, pero después rechazados. Vendió su derecho de primogenitura. La Iglesia desciende del desierto, del antiguo pueblo de Dios que peregrinó por el desierto. Pero se ha convertido en ciudadana de Cristo y de los santos.

Orígenes ve en la Iglesia el verdadero Israel; después de la muerte y resurrección de Jesús los hijos de Israel se hicieron numerosos; por eso la Iglesia ensalza al Dios de Israel. Véase sobre el tema a A. Oepke, *Das neue Gottesvolk in Schrifttum, Schauspiel*,



*bildender Kunst und Weltgestaltung* (1950, 245-265). Artículo *Laos*, en: «Kittels ThWNT» IV, 29-57, de Strathmann.

2. En la teología latina fué introducido el concepto de Iglesia en cuanto pueblo de Dios por San Cipriano, Tertuliano y, sobre todo, por San Agustín (cfr. J. Ratzinger, *Volk und Haus Gottes in Agustinus Lehre von der Kirche*, en: «Munchener Theologische Studien», edit. Fr. X. Seppelt, J. Pascher, Kl. Morsdorf (1954).

Para entender el concepto «pueblo» en la teología latina es útil tener en cuenta el uso profano de la palabra. Basado en el material del *Thesaurus linguae latinae* Ratzinger ha constatado dos concepciones distintas: la originaria del derecho romano y la filosófica del estoicismo griego.

En el primer sentido la palabra «pueblo» significa el pueblo romano al que está ordenada la salvación; a los demás pueblos está ordenada la desgracia. Este concepto de pueblo es religioso; el pueblo es la fuente del derecho; lo que sanciona es santo (*sanctum*). También significa los estamentos bajos del estado romano (*Senatus populusque romanus*). Los pueblos no romanos participan de la salvación mediante su pertenencia al pueblo romano.

El plural «pueblos» designa las turbas presentes en una reunión o el pueblo sencillo. También puede designar las distintas ramas o costumbres de un pueblo.

La significación de la palabra pueblo en la filosofía estoica es completamente distinta de la anterior. Para el pensamiento individualista y cosmopolita de los estoicos el pueblo es el portador de la desgracia en este mundo; es un peligro para la filosofía que es la única fuente de salvación. Encontramos este concepto de pueblo en Séneca, por ejemplo, mientras que en Cicerón aún se encuentra el concepto de pueblo propio del derecho político romano.

Frente al gnosticismo, Tertuliano defiende la unidad del Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento y la unidad de la historia sagrada contra el teólogo antisemita Marción (*Adversus Marcionem*, I, 21). Largo tiempo tuvieron los judíos, según él, una gracia especial por su justicia y por la fe de sus padres (*Apol.* 21, 4). Dios sólo adoptó a los gentiles cuando los judíos se negaron (*De pudicitia*, 10). Cuando los profetas anunciaron el juicio añadieron que al fin de los tiempos Dios se elegiría adoradores de toda tribu y pueblo y en todo lugar, a quienes regalaría la plenitud de la gracia por su mayor disposición (*Apol.* 21, 6). Los cristianos son este nuevo y



antiquísimo pueblo de Dios (*De carne Christi*, 7. Cfr. *De resurrectione carnis*, 26; *De baptismo*, 15); a pesar de ser nuevo ha superado el viejo, ya que consiguió la gracia de la conversión divina de la que se apartó Israel (*Adv. Jud.* 1).

Así describió Tertuliano la dualidad y unidad de lo antiguo y lo nuevo, de la ley y de la gracia, de la creación y salvación, como él dice; defendió la dualidad contra el judaísmo, que pretende que sólo lo antiguo tiene validez y defendió la unidad contra el gnosticismo ahistórico de Marción con su idea de Dios, deducida en último término de la filosofía griega. Tertuliano ve la diferencia en que el Antiguo Testamento es la letra del Nuevo mientras que éste es el espíritu del Antiguo. Es importante para el Nuevo Testamento el hecho de ser espíritu de tal letra y para el Antiguo es vital el hecho de ser letra portadora de espíritu (cfr. Ratzinger, *o. c.*, 78-81).

La Iglesia puede ser espíritu del Antiguo Testamento, porque está llena del Espíritu Santo; es una comunidad creada por el Espíritu. Tertuliano la llama pueblo, pero no es pueblo en sentido ordinario, sino en el sentido de una comunidad sellada por el Espíritu. Por eso Tertuliano es reservado al aplicar a la Iglesia la denominación de pueblo; sólo es pueblo en cuanto comunidad de cristianos llena del Espíritu Santo. Son pueblos ajenos a ella no los que son distintos por la sangre o por la raza, sino los que no han participado del nuevo nacimiento, que hace a los hombres miembros de este pueblo; en definitiva, son los hombres que viven contra Dios, sean individuos o estén organizados en sociedad, los que son ajenos a ella.

Cristo es el rey del nuevo pueblo de Dios. Su reinado es universal. Mediante el ofrecimiento de su cuerpo da a este pueblo su específica cualidad. El nuevo pueblo de Dios es esencialmente comunidad eucarística. Tertuliano sigue desarrollando su teología hasta un espiritualismo exagerado.

San Cipriano distingue dos conceptos de pueblo según la investigación de Ratzinger. El primero está tomado, según él, del orden comunitario de la liturgia y significa los laicos, que forman unidad con el obispo y participan sólo pasiva o receptivamente en la celebración de la Eucaristía. El segundo está sacado de la Escritura y significa la Iglesia en cuanto pueblo espiritual de los creyentes, que ha sustituido al antiguo pueblo de Dios. También este segundo concepto de pueblo está íntimamente relacionado con la idea de la Eucaristía, porque el pueblo en este sentido logra continuamente su propio ser en la celebración de la Eucaristía. El antiguo pueblo de Dios

fué separado del nuevo cuando dejó de vivir en la justicia y santidad, que le habían caracterizado en otro tiempo como pueblo de Dios. La Iglesia es, pues, la descendiente de Abraham. Abraham es el patriarca del pueblo de los creyentes. Quienes son de la fe son bendecidos junto con el creyente Abraham. Pero los hijos de Abraham en la fe son los gentiles. San Cipriano opina que la bendición de Melquisedec a Abraham prefigura la bendición de los gentiles en el sacrificio de Cristo; en el hecho de que en las bodas de Caná se acabara el vino ve también San Cipriano un símbolo de la infidelidad del pueblo judío, que hasta entonces había sido la viña de Yavé. El milagro de convertir el agua en vino significa, según él, la conversión de los pueblos paganos en pueblo de Dios; el agua es símbolo de los pueblos (*Apoc.* 17, 15) que ahora son llamados por Cristo. Aunque esta nueva situación fué ocasionada por la infidelidad del antiguo pueblo de Dios, fué creada y cumplida por el sacrificio de Cristo. En Él creó el Señor el nuevo pueblo, de manera que no puede existir sin Cristo ni Cristo puede existir sin este pueblo. Así acentúa San Cipriano la unidad entre Cristo y el nuevo pueblo de Dios. En la celebración de la Eucaristía es continuamente renovada esa unidad (Ratzinger, 97).

En Optato de Mileve pasa a segundo término la idea del «pueblo de Dios» aplicada a la Iglesia, aunque no desaparece por completo. En primer plano aparece otra idea de pueblo ya existente en San Cipriano: el pueblo como comunidad de laicos. Esta idea se superpone a la que procede del Antiguo Testamento.

Veamos ahora San Agustín; según él, la Iglesia es el pueblo espiritual mientras que el antiguo pueblo de Dios era el pueblo carnal (Ratzinger, 141). La Iglesia es el único pueblo de la progenie de Abraham. San Agustín acentúa aquí la relación con el antiguo pueblo de Dios, pero a la vez la Iglesia es para él Iglesia de todos los pueblos (por ejemplo, *Explicación del Salmo* 75, 10, 47, 2, 56, 13, 85, 14). San Agustín ve garantizadas en la Sagrada Escritura la relación de la Iglesia con el antiguo pueblo de Dios y la extensión de la Iglesia a todos los pueblos; así llega a la conclusión de que la Iglesia de los pueblos es el único pueblo de la progenie de Abraham. La unidad de la Iglesia formada de todos los pueblos es garantizada—según San Agustín—por Cristo, que, según *Gal.* 3, 16, es de la progenie de Abraham. Este pueblo uno y fundado en Cristo es un pueblo espiritual, no en el sentido de que sea invisible, sino en el sentido de que es un pueblo formado por el espíritu de Dios y sellado



por el amor y por la gracia. En la polémica contra los donatistas San Agustín limitó el concepto de verdadero pueblo de Dios a los santos; los pecadores también pertenecen a la Iglesia—pueblo de Dios, pero no en sentido verdadero y propio—. Pero la misión de la Iglesia no es excomulgar a todos los pecadores, porque no es su misión quitarse su cuerpo carnal; eso es cosa del Señor que la resucitará y conducirá a su verdadera figura salvadora (Fr. Hofmann, *Der Kirchenbegriff des heiligen Augustinus*, 1933).

También encontramos en San Agustín el uso del concepto de pueblo que Optato de Mileve destacó. Las expresiones «pueblo» y «pueblos» (*populi*, *plebs*) significan también en él las comunidades particulares. En este sentido usa la palabra para expresar la íntima pertenencia y derecho de ciudadanía a la comunidad eucarística. Pero los distintos *populi* forman la unidad del único *populus*, que es la Iglesia. Todos los que tienen comunidad eucarística con la Iglesia católica pertenecen a este pueblo. Los donatistas, por tanto, no pertenecen a él, según San Agustín, porque han erigido su propio altar contra el altar de la Iglesia católica.

Aquí vemos que el concepto *populus Dei* fluye para San Agustín tanto de la praxis de las celebraciones litúrgicas, como del Antiguo Testamento típicamente entendido (así lo demuestra detalladamente J. Ratzinger, *o. c.*, 159 y sigs.).

*La Ciudad de Dios* (lib. 2, 7, 14) ofrece una explicación especial. San Agustín explica en este texto que en el Antiguo Testamento el sacerdote entraba sólo en el Sancta sanctorum y el pueblo se quedaba fuera y que Cristo, Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento, entró al resucitar en el misterio del cielo mientras que el pueblo, del que es sacerdote, espera fuera. Por otra parte, San Agustín dice en el mismo texto que con el obispo está también dentro el pueblo y reza con él y rubrica sus palabras con el amén. Este último pensamiento se refiere a la liturgia. Todo el pueblo entra con el obispo en la realidad litúrgica. Pero sólo Cristo ha entrado allí donde es realidad lo simbolizado en la liturgia. La palabra «pueblo» se nos aparece con dos sentidos: en un sentido es el pueblo en cuanto que se distingue del obispo; es, pues, el grupo sometido a un obispo; en otro sentido es toda la Iglesia y abarca al obispo y al pueblo en el primer sentido. La Iglesia es el verdadero pueblo de Dios formado por el Espíritu y prefigurado en el pueblo del Antiguo Testamento. Es evidente que la palabra «pueblo» no tiene aquí el mismo sentido que en el lenguaje ordinario. La Iglesia es la comunidad



visible pero espiritual de los cristianos. En San Agustín la expresión sólo tiene, por tanto, significación analógica.

Este pueblo de Dios está caracterizado, según San Agustín, por su unión con Cristo; a la vez es cuerpo de Cristo. En los próximos párrafos trataremos este tema. Podemos resumir la doctrina agustiniana de la Iglesia—pueblo de Dios—de la siguiente manera: «La Iglesia es el estado o ciudad del pueblo de Dios, prefigurada en el estado del pueblo hebreo, fundada por Cristo en la fe y liberada por El de la esclavitud de los demonios, edificada sobre el fundamento de la fe para unidad del amor en el cuerpo de Cristo—sacrificio del único Dios verdadero—, enemigo por Cristo de los demonios, fuerza y sabiduría de Dios, que espera fielmente la definitiva purificación y unión para el sacrificio de paz del séptimo día» (Ratzinger, 327).

Vamos a citar textualmente algunos textos de San Agustín; dice en la *Exposición del Salmo 72* (1-5):

«David era rey de Israel, hijo de Jesé, en una época del Antiguo Testamento en que el Nuevo estaba escondido en él como el fruto en la raíz. Pues si buscas el fruto en la raíz no lo encuentras, y, sin embargo, no encontrarías el fruto en las ramas, si no hubiera salido de las raíces... Y del mismo modo que Cristo, según la carne... estaba escondido en el semen de los patriarcas como en la raíz y en un determinado tiempo tendría que revelarse como un fruto que aparece [porque está escrito: «floreció un retoño de la raíz de Jesé» (*Is. 9, 1*)], también el Nuevo Testamento mismo... En tiempos del Antiguo Testamento, hermanos, las promesas de nuestro Dios eran, por tanto, en aquel pueblo carnal terrestres y temporales. Era prometido un reino terreno, estaba prometida aquella tierra, a la que después, liberados de Egipto, fueron llevados... en la que fué construída también la Jerusalén celestial... Allí empezaron a ser combatidos por sus pecados, conquistados, esclavizados; y finalmente la ciudad misma fué aniquilada. Así eran aquellas promesas, que no duran, pero mediante ellas eran prefiguradas promesas duraderas, de forma que todo aquel tiempo de promesas no fué más que una imagen. Allí, por tanto, fallaron las cosas por las que el pueblo carnal alababa a Dios, el pueblo sobre el que imperaba aquel David, «fallaron los himnos de David», no del Hijo de Dios, sino «del hijo de Jesé» (*Ps. 72, 1*). ¿Fué conducido el pueblo a la tierra prometida, como que fuera una patria duradera para siempre? Si fuera así, no sería imagen, sino la cosa misma. Pero como era una imagen, aquel pueblo fué conducido a algo temporal. Y si era una imagen tenía que «fallar» y justamente en su fracaso se vió forzado a buscar lo que no falla.»

En el *Sermón 4* dice el Padre de la Iglesia:

«Dos Testamentos hay en la Ley: viejo el uno y el otro nuevo. El viejo encierra promesas temporales, pero significaciones espirituales. Observe vuestro amor: si fué prometida a los judíos la tierra amada, la tierra amada significaba algo espiritual; si fué prometida a los judíos la pacífica ciudad

de Jerusalén, el nombre de la ciudad de Jerusalén tiene un significado más profundo; si a los judíos les fué dada la circuncisión, significa cierta circuncisión espiritual; si se dijo a los judíos que observaran como sábado uno de los siete días, el sábado significa un descanso espiritual que no conoce noche. Pues también en la obra de los siete días del Génesis se dijo de cada día: «y anocheció», sólo del séptimo día no se dijo que anocheciera. Por el séptimo día que no conoce noche se nos da a entender el eterno descanso en que no hay puesta de sol. Y si a los judíos les fueron dados sacrificios carnales, por los diversos animales sacrificados se simbolizan todas las formas de sacrificio espiritual.

»Aquellos, pues, que lo entendieron como que les hubiera sido regalado un valioso bien presente, y que nada futuro buscaron en él ni supieron interpretar espiritualmente, lo que era carnal... pertenecen al Antiguo Testamento. Pues el Antiguo Testamento es una promesa simbólica, el Nuevo es la promesa espiritualmente entendida. Aquella Jerusalén, que estuvo en la tierra, perteneció sin duda al Antiguo Testamento, pero tenía una relación simbólica con la Jerusalén celestial y en ese sentido pertenece al Nuevo Testamento. La circuncisión del corazón pertenece al Nuevo. Según el Antiguo Testamento el pueblo fué liberado de los egipcios, según el Nuevo del diablo. Los egipcios y el Faraón persiguieron a los judíos; al pueblo cristiano le persiguen sus pecados y el demonio, príncipe de los pecados. Pero como los egipcios persiguieron hasta el mar, los pecados persiguen hasta el bautismo.»

Oye de boca del apóstol cómo están referidos a nosotros todos esos símbolos: «Quisiera, hermanos, que supiérais que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube.» Si estaban bajo la nube, estaban bajo las tinieblas. ¿Qué significa «estaban bajo las tinieblas»? No entendieron espiritualmente lo que se hacía con ellos carnalmente. Y todos atravesaron el mar, y todos fueron bautizados en Moisés y todos comieron el mismo manjar espiritual.» Pues les fué dado el maná en el desierto, lo mismo que a nosotros se nos dió la dulcedumbre de las Escrituras, para que resistiéramos en este desierto de la vida humana. Cuál es el maná que los cristianos reciben lo saben aquellos a quienes dice el salmo: «Gustad y ved cuán suave es el Señor» (*Ps.* 33, 9). «Y todos, se dice, comieron del mismo manjar espiritual.» ¿Qué significa «del mismo»? Del que significa lo mismo. «Y todos bebieron de la misma bebida espiritual.» Observad cómo da la interpretación en un punto, mientras que en los demás la ha callado: «pues bebieron de la roca espiritual, que les siguió: pero la roca era Cristo. Y esto ocurrió simbólicamente por nosotros» (*1 Cor.* 10, 1-6). En ellos se realizaba, pero estaba a nosotros espiritualmente referido: porque ocurrió carnalmente para ellos, pero a nosotros nos fué espiritualmente significado. Quienes lo mantuvieron carnalmente, pertenecen, por tanto, al Antiguo Testamento.

Considerad ahora al senescente Isaac. ¿Qué papel desempeñaba Isaac cuando manda buscar a su primogénito para bendecirlo? Envejecía... En su vejez veo yo significado el Antiguo Testamento. Como aquellos que se encontraban bajo la nube no entendieron estas cosas antiguas, se dice que los ojos de Isaac se habían oscurecido... ¿Y qué, hermanos? Sin embargo quiere bendecir a su primogénito Esaú. La madre amaba al más joven; el padre al mayor, por ser primogénito: era igual de justo con los dos, pero



amaba más al primogénito. Quiere bendecir, pues, al mayor, porque el Antiguo Testamento dirigía primariamente sus promesas al pueblo de los judíos. Con sus promesas se dirige sólo a los judíos: a ellos parece prometer, a ellos les ofrece todo. Fueron llamados de Egipto, liberados de los enemigos, conducidos a través del mar, alimentados con maná; recibieron la alianza, recibieron la ley, recibieron las promesas, recibieron hasta la tierra de las promesas. No es de admirar que quisiera bendecir al primer hijo; pero bajo la figura del mayor es bendecido el menor. Pues la madre desempeña el papel de la Iglesia. Y la Iglesia, hermanos, no puede limitar ese papel a los santos que vivieron después de la venida y nacimiento del Señor, sino que todos los que en cualquier tiempo fueron santos pertenecen a la Iglesia. Pues no es cierto que Abraham no pertenezca a nosotros, porque vivió antes de que Cristo naciera de la Virgen, mientras que nosotros tanto tiempo después, después de la Pasión de Cristo, nos hicimos cristianos. El apóstol dice que nosotros somos hijos de Abraham porque imitamos la fe de Abraham. ¿Nosotros que por imitarle somos admitidos en la Iglesia queremos excluirle a él de la Iglesia? Ahora bien, esta Iglesia es significada en Rebeca, esposa de Isaac: esta Iglesia estaba también en los santos profetas que entendieron el Antiguo Testamento, porque aquellas profecías dijeron algo espiritual. Y por eso espiritual pertenecen los espirituales al hijo más joven: pues primero viene lo carnal, después lo espiritual... Nadie se hace espiritual que antes no haya sido carnal. Pero si permanece en la prudencia de la carne, siempre será Esaú; pero si se hace espiritual, se hace el hijo más joven. Pero el más joven se hace mayor: pues aquél tiene primacía por la edad y éste según la virtud. Pues cuando Jacob había cocido el plato de lentejas, Esaú deseó comerlas, antes de recibir la bendición; y aquél le dijo: «Dame los derechos de primogenitura y yo te daré el plato de lentejas que he cocido.» Y vendió los derechos de la primogenitura al más joven; aquél tuvo el placer terreno por ello, y éste la eterna primacía...

Hay un pueblo de los cristianos. Pero dentro del pueblo cristiano mismo tienen la primacía los que pertenecen a Jacob: quienes viven, en cambio, carnalmente, creen, esperan y aman carnalmente, pertenecerán siempre al Antiguo Testamento y no al Nuevo, tendrán la suerte de Esaú, no la bendición de Jacob.

Observe esto vuestra santidad. El anciano Isaac quiso, pues, bendecir al hijo mayor con los ojos en tinieblas, porque el Antiguo Testamento estaba dirigido a los judíos. Porque ellos mismos no entendieron la Antigua Alianza se dice que sus ojos estaban a oscuras. El habló, como he dicho, al mayor, pero fué el menor quien recibió la bendición. Pues aquella madre, que reconocemos presente en todos los santos, la Iglesia, que extendió la promesa, aconsejó al más joven... ir a buscar entre el cercano rebaño dos cabritos; ella, la madre, los prepararía como al padre le gustaban, «y le puso las pieles de los cabritos alrededor de las manos y alrededor del desnudo cuello» y le vistió una túnica de Esaú, y así el padre bendijo al hijo joven en ausencia del mayor.

El hecho de que el joven sea bendecido bajo la apariencia del mayor significa que bajo las parábolas del Antiguo Testamento, prometido al pueblo de los judíos, la bendición espiritual llegó hasta el pueblo de los cristianos... Pero la bendición no habría llegado hasta nosotros, si nosotros,



purificados ya de los pecados por el parturiento renacimiento, no soportáramos con paciencia los pecados de los demás. Pues la madre trajo dos hijos al mundo. Observa, hermano: dió a luz al uno peludo, al otro fino. Los cabellos significan el pecado y la finura significa dulzura, libertad de pecados. Ambos hijos son bendecidos, porque la Iglesia bendice a ambos. Lo mismo que Rebeca dió a luz a los dos, los dos nacen del seno de la Iglesia, el uno peludo, el otro fino... Pues hay hombres que incluso después del bautismo no quieren dejar sus pecados, sino seguir haciendo lo que antes hacían... He ahí al peludo Esaú.

¿Qué se dice de Esaú? «Era un cazador vagabundo; Jacob, en cambio, se quedaba sin malicia en casa» (*Gén. 25, 27*)... ¿Pero por qué se dice después «entró con astucia y robó la bendición»? Consideremos qué significa la astucia y veamos qué tiene que hacer Jacob. Lleva los pecados ajenos; los lleva con paciencia, aunque son ajenos; pues esto significa llevar la piel de los cabritos: lleva pacientemente lo extraño que no le pertenece como propio. Y así imitan a Jacob todos los que soportan pecados ajenos por amor a la unidad de la Iglesia. Pues también el mismo Jacob está en Cristo: Cristo está en la generación de Abraham. Escrito está: «...en tu descendencia serán bendecidos todos los pueblos» (*Gén. 22, 18*). Nuestro Señor Jesucristo que no cometió pecado alguno llevó los pecados ajenos ¿y cómo va a negarse a llevar pecados ajenos aquel a quien le fueron perdonados los propios? Jacob se dirige, pues, a Cristo, al llevar los pecados ajenos, pues eso son las pieles de cabrito. ¿Y qué significa la astucia?

Esaú llega al anochecer y lleva lo que el padre pedía: y encuentra a su hermano bendecido en lugar de él y él mismo se queda sin bendición alguna. Mientras que los dos varones significan los dos pueblos, la única bendición significa la unidad de la Iglesia. Pues son dos pueblos y a la vez Jacob recibe en sí a los dos. Pero de otro modo simbolizan los dos pueblos su pertenencia a Jacob. Cuando nuestro Señor Jesucristo, que había venido a los judíos y gentiles, fué despreciado por los judíos que pertenecían al hijo mayor, eligió a algunos que pertenecían al hijo más joven, que habían empezado a ver y considerar espiritualmente las promesas del Señor, que no anhelaban carnalmente la ciudad deseada, sino que anhelaban aquel estado espiritual en que nadie es dado a luz carnalmente... Al empezar a anhelar eso empezaron a pertenecer a Jacob, quien entre ellos siempre creyó en Cristo, y así nació un rebaño del Señor en Judea misma. ¿Pero qué dice el Señor de su rebaño? «Tengo otras ovejas que no están en este redil: Voy a traerlas y entonces habrá un solo rebaño y un solo pastor» (*Jo. 10, 16*). ¿Qué otras ovejas posee el Señor Jesucristo, sino los paganos? Los dos pueblos que venían de distintas direcciones, son también simbolizados por dos muros. Pues la Iglesia de los judíos viene de la circuncisión; la Iglesia de los gentiles viene del prepucio: viniendo de distintas direcciones, se reúnen en una sola casa. Por eso el Señor es llamado piedra angular; así se dice en el Salmo: «...pues la piedra que rechazaron los constructores se convirtió en piedra angular» (*Ps. 117, 22*); y también el Apóstol dice: «siendo Jesucristo la piedra angular» (*Eph. 2, 20*). Los dos cabritos son, por tanto, lo mismo que los dos rediles o los dos muros; son también los dos ciegos que estaban sentados a la orilla del ca-

mino (*Mt.* 20, 30); son también los dos barquitos en que fueron echados los peces (*Lc.* 5, 7). En muchos lugares de la Escritura se habla de los dos pueblos, pero en Jacob se hacen uno... Pero la bendición no habría pasado a él si no hubiera llevado los pecados que él no cometió.

¿Por qué se dice, pues, «vino con malicia y robó la bendición»? Porque ocurrió simbólicamente lo que allí ocurrió, se dijo: vino con malicia. Pues Isaac no habría dado su bendición a un engañador; le hubiera echado la justa maldición. No era una auténtica mentira, porque no mintió cuando dijo: «soy tu primogénito Esaú», porque ya se había puesto de acuerdo con su hermano y éste le había vendido los derechos de primogenitura. Hizo valer ante el padre lo que había comprado a su hermano: lo que éste perdió pasó a él...

Y cuando Isaac lo supo en secreto, confirmó su bendición y dijo a su hijo Esaú: «¿Qué voy a hacerte?» Y el hijo respondió: «Bendíceme también, padre, pues no tienes una sola bendición» (*Gén.* 27, 37-38). Pero Isaac sólo conocía una. ¿Por qué una sola? El Espíritu Santo me asista, para que pueda decirlo y vosotros entenderlo. Consideremos las dos bendiciones: la que recibió Jacob y la que recibió Esaú. Isaac habló a Jacob: «¿Eres mi hijo Esaú?» Jacob contestó: «Yo soy...» Y él olió el perfume de su vestido y le bendijo diciendo: «Mira, el olor de mi hijo es como el olor de un campo sembrado, que el Señor bendice.» Olió el perfume de la túnica y habla del olor de un campo sembrado. Comprende a Cristo en el último misterio y a la Iglesia como túnica de Cristo.

Observe vuestra santidad de cuántos modos es llamada una cosa única, a saber, la Iglesia. La designaban los dos cabritos y ahora la designa esta túnica. Y porque la misma cosa es designada de muchos modos, todo es símbolo aquí, nada es la esencia misma. Un cordero no puede ser león, pero nuestro Señor Jesucristo puede ser cordero y león a la vez, pero no en esencia, sino en parábola. Tampoco los cabritos son una túnica, pero la Iglesia, que no puede ser en esencia ni túnica ni cabrito, puede ser ambas cosas en parábola, y puede ser todo lo que quiera decirse de ella.

Este campo labrado es la Iglesia. ¿Cómo lo demostramos? Oye cómo dice el Apóstol: «Vosotros sois el sembrado de Dios; vosotros sois el solar para construir de Dios» (*1 Cor.* 3, 9). Este campo sembrado transpira a través de la túnica del hijo; pero ese campo no es nada por sí mismo, por eso se añade: «que el Señor bendice». «Déte Dios el rocío del cielo y la grosura de la tierra, / y abundancia de trigo y mosto. / Sírvante pueblos / y prostérnense ante ti naciones; / Sé, Señor, de tus hermanos / y póstrese ante ti los hijos de tu madre. / Maldito quien te maldiga / y bendito quien te bendiga.» Esta es la bendición de Jacob. Si Esaú no hubiera sido bendecido, no habría ningún problema; pero también éste fué bendecido, no con la misma bendición y sin embargo tampoco con una completamente distinta... «Esaú dijo a su padre: sin embargo, bendíceme a mí también. Y lloró en voz alta.» Es decir, le obligó. Una gran cosa, un gran misterio hay aquí; ojalá lo comprendamos: bendice obligado y sin embargo bendice, y lo que bendice fué hecho de verdad, aunque es una bendición forzada. Consideremos la bendición misma y luego la bendición obligada...



Dice a Esaú: «en la grosura de la tierra será tu morada y bajo el rocío que baja de los cielos». \*

Esto lo prometió también a aquél..., es, por tanto, común a Jacob y a Esaú. ¿Qué es lo propio de Jacob? «Sirvante pueblos.» ¿Qué es lo propio de Jacob? «Y prostérnense ante ti los hijos de tu madre. / Maldito quien te maldiga / y bendito quien te bendiga.» Pero también Esaú tiene algo especial que no fué dicho a Jacob: «Y vivirás de tu espada y servirás a tu hermano.» Pero para no negar la libre voluntad, añade: «...mas cuando te revuelvas romperás su yugo sobre tu cuello» (*Gén. 27, 39-40*). Serás libre, si quieres, de convertirte: entonces ya no seréis dos, sino uno: Jacob. La semejanza crea lo uno; la desemejanza crea lo diverso.

En la Iglesia hay malos que pertenecen a Esaú: pues también ellos son hijos de Rebeca, hijos de la madre Iglesia y, aun cuando obstinados tercamente en los pecados carnales, nacidos de su seno. Por eso participan del rocío del cielo y de la grosura de la tierra: del rocío celeste de todas las Escrituras, de todas las palabras divinas: de la fecundidad terrestre de todos los sacramentos, pues el sacramento visible pertenece a la tierra. Todo esto es común en la Iglesia a los buenos y malos... Sin distinción llueve el Señor sobre el grano y la cizaña; pero sobre el grano llueve para el granero, sobre la cizaña para el fuego; y sin embargo es una y la misma lluvia. Todo lo riega la palabra de Dios. El está mirando en cada caso qué raíz tiene; en cada caso está mirando a dónde va la lluvia; si va donde hay cizaña, ¿hay que acusar a la lluvia de Dios? Antes de llegar a la raíz esta lluvia es suave; suave es la palabra de Dios antes de llegar a los corazones malos y estos convierten en malicia la lluvia de Dios...

Mientras que esto pertenece a los dos, «todos los pueblos» pertenecen únicamente al espiritual, porque sólo éste pertenece a la Iglesia que llena la tierra... Sólo a Jacob le fué concedido que le sirvan todos los pueblos; pues los carnales de la Iglesia que llena la tierra sirven únicamente a los espirituales. ¿Por qué? Porque los espirituales progresan por ellos: aunque ellos lo hagan contra su voluntad, el trato con los carnales favorece a los espirituales, pues crecen con este trato y son coronados por su perseverancia.

¿Quiénes son, pues, los que se separan, sino aquellos de quienes se dijo «De tu espada vivirás»? Quienes se separan llevan la espada de la separación y perecerán por su espada y vivirán de su espada... Vosotros sabéis cuántas partes produce la escisión de Donato; y no se esconderá a vuestra santidad que quien a hierro mata, a hierro muere. A Esaú se le dijo: «Y vivirás de tu espada.» Pero a él pertenecen también quienes permanecen dentro de la Iglesia y sin embargo viven como que estuvieran fuera. Pues quien busca su propio honor en la Iglesia, pertenece a ellos; quien dentro de la Iglesia lucha por su bienestar mundano pertenece a la cizaña; sólo falta el viento que lo borra de la era: en pocas palabras, falta la tentación, porque si no sería barrido de la era. Se ve cuán dispuestos están para salir, cuando la Iglesia les manda lo más mínimo. Cómo se reú-

---

\* Nácar-Colunga traduce: «Mira, fuera de la grosura de la tierra será tu morada / y fuera del rocío que baja de los cielos», con lo que no tendrían sentido las consideraciones de San Agustín. Por eso damos la traducción del texto agustiniano. (*Nota del traductor.*)



nen fuera un rebaño y no quieren perder su puesto dominante. Cómo tienen que tener gente bajo su mando y no pueden abandonar las multitudes a la unidad de la Iglesia. Cómo tratan de mantener sus propias ovejas, que no compraron con su sangre y que son tan baratas para ellos porque no las adquirieron justamente... Atended a ellos en toda la Iglesia, observadlos, a los que están dentro y a los que en la primera ocasión volaron de la era e intentaron arrastrar consigo al grano; pero el verdadero trigo granado resiste las granzas y permanece hasta el fin en la era, hasta que aparece el último bieldo: del mismo modo que Jacob soportó los pecados ajenos en las pieles y mereció recibir la bendición del padre» [trad. del latín al alemán por Balthasar, *o. c.*, 75-83].

En la época postaugustiniana la imagen del pueblo de Dios aplicada a la Iglesia fué pasando poco a poco a segundo plano, aunque no fué olvidada del todo. Cfr. Ph. Vielhauer, *Oikodome* (Disertación doctoral, Heidelberg, 1939). Th. Schneider (K. H. Schelkle), artículo *Bauen*, en «Reallexikon fuer Antike und Christentum», edit. por Th. Klauser (1950), 1265-1278; Ratzinger, *o. c.*, 252-254.

#### IV. *La Iglesia, ciudad y casa de Dios*

En estrecha relación con la idea del pueblo de Dios está la concepción de la Iglesia como ciudad y casa de Dios.

##### a) *Doctrina de la Sagrada Escritura*

1. La Iglesia es llamada templo o casa de Dios o casa espiritual (*Hebr. 3, 1-6; I Pet. 2, 5; 4, 17; I Tim. 3, 15*). El texto de la epístola a los hebreos que compara la comunidad y la casa de Dios dice: «Vosotros, pues, hermanos santos, que participáis de la vocación celeste, considerad al apóstol y pontífice de nuestra confesión, Jesús; fiel al que le hizo, como lo fué Moisés en toda su casa. Y es tenido por digno de tanta mayor gloria que Moisés, cuanto mayor que la gloria de la casa es la del que la fabricó. Pues toda casa es fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios. Y Moisés fué fiel en toda su casa, como ministro que había de dar testimonio de todo lo que se había de decir; pero Cristo está como Hijo sobre su casa, que somos nosotros, si retenemos firmemente hasta el fin la confianza y la gloria de la esperanza» (*Hebr. 3, 1-6*).

Según este texto, Cristo-Hijo es el constructor y señor de la casa, de la comunidad de Dios. Debemos gloriarnos de formar esta comunidad. A la base de esta denominación de la Iglesia está la idea de que casa es lo mismo que rama, estirpe, generación, familia. La casa de piedra es un símbolo de la comunidad llena de Cristo. El concepto «casa» tiene, por tanto, a la vez un sentido sociológico y otro teológico. La idea de que la Iglesia es la casa de Dios ha surgido evidentemente de la idea de la Iglesia-templo de Dios (*1 Cor.* 3, 16; 6, 19). Esta última expresión caracteriza a la Iglesia como la comunidad en que Dios está presente y operante, y a la vez como la comunidad en que se ofrece a Dios el sacrificio que Cristo cumplió en la Cruz. La expresión «templo» y la expresión «casa» espiritual son el contraconcepto del templo de piedra de Jerusalén y de los santuarios de los gentiles. El desgarrarse del velo del templo es una expresión simbólica de este hecho.

En la *Epístola a los Efesios* la Iglesia es descrita como casa de Dios con la siguiente formulación: «Y viniendo nos anunció la paz a los de lejos y a los de cerca. Pues por El tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo espíritu. Por tanto, ya no sois extranjeros, y huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo piedra angular del mismo Cristo Jesús, en quien bien trabada se alza toda la edificación para templo santo en el Señor, en quien vosotros también sois edificados para morada de Dios en el Espíritu» (*Eph.* 2, 17-21). A. Schlier (*Die Zeit der Kirche. Exegetische Aufsätze und Vorträge* (1925), 176) da la siguiente interpretación del texto: «Pero la Iglesia es también la edificación celestial (2, 20) y la habitación y el santo templo de Dios (2, 21). Es claro que en la comunidad primitiva surgió inmediatamente la idea del culto que ahora se celebraba en la Iglesia y no en Jerusalén; desde aquí a la idea del pueblo sacerdotal de los cristianos no estaba lejos. En 2, 19 está también mentada la idea de la casa de Dios, ya que los gentiles convertidos son llamados domésticos de Dios. Esta idea despierta el pensamiento de la *familia Dei* y conduce a la concepción de que los miembros de la Iglesia son hermanos y hermanas. Pero en el mismo contexto aparece más clara la idea de la *polis* celeste. La Iglesia y no Israel es ahora la ciudad celestial; los miembros de la Iglesia forman la ciudadanía celestial. Los gentiles convertidos son conciudadanos de los santos y no son lo que antes de convertirse eran respecto a Israel:

extranjeros y advenedizos. Por supuesto, los ciudadanos del cielo forman la Iglesia en la tierra política y jurídicamente. En la yuxtaposición de los distintos ideogramas de la Iglesia que mientan todos a la misma Iglesia, se adivina ya la indisoluble convivencia y la comunión de la Iglesia del amor y del derecho».

En la primera epístola de San Pedro encontramos la misma denominación de la Iglesia (*1 Pet.* 2, 3-8). El concepto de Iglesia-casa de Dios está en estrecha relación con las amenazas de juicio (*1 Pet.* 4, 17). Dice: «Porque ha llegado el tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios», que es la Iglesia. San Pablo escribe a su discípulo Timoteo: «Para que, si tardo, veas por aquí cómo te conviene conducirte en la casa de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad» (*1 Tim.* 3, 15). Evidentemente es antigua tradición la idea de que la Iglesia es casa de Dios, es decir, una generación de hombres que pertenece a Dios y está formada y configurada por Dios. La afirmación de que la Iglesia es una fortaleza de la verdad expresa el hecho de que es la portadora de la revelación y de que el espíritu de Dios habita en ella.

2. La denominación de la Iglesia como ciudad de Dios tiene una estructuración concreta en la designación «Jerusalén espiritual». San Pablo la llama Jerusalén de arriba (*Gál.* 4, 26). Este nombre significa que la Iglesia es una realidad fundada por el cielo y perteneciente al cielo. Este carácter de la Iglesia sólo se revelará en el futuro. Según *Apoc.* 21, 9-27, al fin de los tiempos esta nueva Jerusalén descenderá de los cielos, es decir, Dios revelará esta realidad escondida de la Iglesia. Está escondida, pero ya presente, y según la *Epístola a los Hebreos*, los miembros de la Iglesia participan de ella. *Hebr.* 12, 22-24, dice: «Pero vosotros os habéis allegado al monte de Sión, a la ciudad de Dios vivo, a la Jerusalén celestial y a las miradas de ángeles, a la asamblea, a la congregación de los primogénitos que están escritos en los cielos, y a Dios, juez de todos, y a los espíritus de los justos perfectos, y al mediador de la nueva alianza, Jesús, y a la aspersion de la sangre, que habla mejor que la de Abel.»

El fondo de esta descripción de la Iglesia es la idea viejotestamentaria de que Jerusalén era la ciudad mesiánica. Según los profetas y los salmos, Sión será la residencia del rey mesiánico (*Isaías*, 2, 2, sigs.; 60, 1-3; 66, 18-20; *Miq.* 4, 1-3; *Jer.* 3, 17; *Zac.* 8, 20-22;



14, 16-19; *Tob.* 13, 14; *Ps.* 2, 6; 1, 10, 2). Hacia allí afluirán los pueblos para adorar a Dios (*Is.* 60, 5, 11; 61, 6; *Ag.* 2, 7). La descripción profética de la ciudad demuestra hasta qué punto fué entendida la Jerusalén mesiánica como comunidad del nuevo pueblo de Dios fundada por Jesucristo y en su estado de plenitud. La ciudad tiene sobreabundancia de oro y plata (*Is.* 60, 17); las puertas son de zafiro; sus plazas, calles y muros son de piedras preciosas (*Is.* 54, 11; *Tob.* 13, 21); no tiene ni sol ni luna, porque Dios mismo es su luz (*Is.* 60, 19); Dios mismo habitará en ella y no será necesaria el arca de la alianza (*Is.* 4, 5; *Jer.* 3, 16). Todos sus habitantes son justos y hacen vida de alegría (*Joel* 4, 17, 20; *Is.* 35, 10; 60, 21). Con esta descripción de la Jerusalén mesiánica concuerda ampliamente la que hace San Juan en el *Apocalipsis*.

El valor cognoscitivo del símbolo de la ciudad está tanto en la seguridad y plenitud que la ciudad ofrece como en la unidad y pluriformidad.

Respecto al símbolo de la casa y el templo, dice Romano Guardini: «Las piedras son unidades insertadas en el edificio más vasto. Podemos añadir lo siguiente: las piedras no son yuxtapuestas al azar, sino que son colocadas conforme al plan de conjunto del arquitecto, según el cual cada unidad es un elemento del todo. Este poder unificador es de nuevo el Cristo místico, sabiduría, belleza, armonía y energía vivientes. También puede asignársele con respecto a las piedras un papel parecido al de la cabeza con respecto a los miembros, en cuyo caso es la piedra angular o la clave unificadora, o bien los cimientos, fundamento de todo» (Romano Guardini, *El Señor*, vol. 2, pág. 279. 1954).

### b) *La Liturgia*

En la Liturgia la Iglesia es comparada a una casa y a una ciudad. Las oraciones con motivo de la primera piedra y consagración de un templo sólo se entienden si el templo—construcción de piedra—es símbolo de la Iglesia, construcción de hombres vivos. En el centro de la bendición de un templo está la consagración del altar. El altar es Cristo, como se dice al ordenar un subdiácono. El altar pertenece a la esencia del templo; que se constituye en tal por la ordenación de todas sus piedras al altar. Del altar parte toda la santificación del templo. En Cristo vivo fundamento y piedra angu-

lar, se junta en unidad toda la construcción de la Iglesia; de El procede toda vida sobrenatural. Los cristianos forman la Iglesia como las piedras forman el templo.

La Iglesia es la ciudad celestial sobre la tierra; todavía está en construcción. «De los montes son arrancadas piedras por las manos de quien predica la verdad y son labradas, para ser ajustadas en ese edificio de eternidad. Todavía hay muchas piedras en las manos del arquitecto. Ojalá no caigan de ellas, para que sirvan perfectamente para construir este santo templo.» «Nosotros mismos somos la casa de Dios. En esta vida somos edificados como casa de Dios para ser consagrados al fin de ella como casa de Dios. La casa y su construcción cuestan mucho trabajo, pero la consagración da alegría y júbilo. Lo que ocurrió aquí cuando se construyó el edificio, ocurre ahora cuando en él se reúnen los cristianos. Pues con los comienzos de la fe ocurre como con el cortar madera en el bosque o sacar piedra de los montes. Cuando los neófitos son instruídos, bautizados y formados, ocurre como cuando la piedra o la madera son labradas y alisadas en manos de los albañiles o carpinteros. Pero sólo hacen una casa cuando son juntados en unidad por el amor» (San Agustín, *Explicación del salmo* 121, 4; *Sermón* 136, 1; el primer texto está en el «Breviario Romano» como Lectio 5 y 6 del segundo día de la semana de la Consagración del templo). En el Himno de la fiesta de la Consagración de un templo, la Iglesia es ensalzada como ciudad de la paz bienaventurada, «que está edificada en el cielo de piedras vivas. / Sus calles y sus murallas / están construídas del oro más puro. / Perlas brillan sobre las puertas / cuando las puertas están abiertas; / por la fuerza de los méritos / entra en ella y por ella / quien por el nombre de Cristo / padeció en este mundo. / A golpes de dolor fué labrada cada piedra; / por la mano del sabio maestro / fué ajustada a su lugar; / en el santo edificio están ordenadas / en continua armonía. / Piedra angular del cimiento / es Cristo... Todos sus ciudadanos amados y bendecidos por Dios / llenos de jubilosas melodías / llenos de alegres cánticos / ensalzan con himnos incansables a Dios uno y trino.» La Iglesia es descrita como ciudad celestial sobre la tierra. Su gloria está escondida, pero existe. El Señor habita en ella; es su fundamento y consistencia. Ella, por tanto, es el lugar de la alegría y de la salvación. Cfr. A. Wintersig, *Die Selbstdarstellung der Kirche in ihrer Liturgie*, en: «Mysterium. Gesammelte Aufsätze Laacher Moenche», 1926, 81-85.



c) *Los Santos Padres*

1. Los Santos Padres usan frecuentemente la imagen de la construcción; la encontramos en Bernabé, Ignacio, Policarpo, el Pastor de Hermas, Tertuliano, Clemente de Alejandría y Orígenes. Según Orígenes el arquitecto de la Iglesia es Jesucristo; como verdadero Noé construye un arca espiritual; como verdadero Isaac no construye una tienda pasajera, sino que erige la sólida casa de su Iglesia que descansa sobre siete columnas y es soportada por un fundamento de piedras que es él mismo; como verdadero Salomón erige en la Jerusalén celestial un templo de Dios de piedras vivas. La Iglesia es construída, sobre todo, por su Escritura y por su interpretación espiritual. Los Santos Padres interpretan muchas veces esta construcción como obra salvadora de Dios que ocurre por medio de la Iglesia.

Los Padres occidentales—sobre todo Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Hilario, Paulino de Nola, León Magno, Arnobio y Gregorio Magno—, ofrecen una simbólica de la construcción aplicada a la Iglesia y ampliamente elaborada. Cristo es llamado constructor, fundamento o piedra clave de la casa espiritual. Él junta en unidad los muros, es decir, los distintos pueblos. Cfr. Ambrosio, *De spiritu sancto* 8, 102, 110; Jerónimo, *Explicación de la «Epístola a los Efesios»* 2, 19; Hilario, *Explicación del salmo 26*, 8; León Magno, *Sermón 83*, 1). En San Agustín encontramos el análisis más detallado. Usa las palabras construcción y casa la mayoría de las veces como interpretación del templo pagano y viejotestamentario. Fué el primero que con ocasión de la dedicación de un templo (especialmente, *Sermón 336*, 8) hizo una detallada interpretación simbólica del templo de piedra, describiendo el templo espiritual como comunidad de los cristianos. Los cristianos son las piedras arrancadas por manos de quienes predicán la verdad salvadora. Mediante la catequesis y el bautismo reciben la forma conveniente para la construcción; se convierten en piedras vivas arrancadas por la fe, aseguradas por la esperanza y reunidas por la caridad (*Sermón 336*, 1; *Sermón 337*, 1; *Explicación del salmo 121*, 3). La caridad es el cemento que une entre sí las piedras de los creyentes. La construcción se acaba al terminar este eón; entonces ocurrirá la consagración. La construcción cuesta trabajo y dolor, pero su terminación dará alegría. La construcción no crece de abajo hacia arriba, sino de arriba hacia

abajo (*Sermón 337, 4; 337, 2; 336, 1*). Según Ratzinger la expresión «casa» designa un grado de comunidad inferior al que designan las expresiones estado o ciudad. Significa a la vez la habitación de Dios y el lugar del sacrificio de los creyentes y, además, su viva comunidad en cuanto sacrificio viviente en Cristo.

Citemos algunos textos: «Dios es grande en Sión» (*Ps. 98, 7*). Pero como es conocido que Sión es la ciudad de Dios, ¿cuál podría ser la ciudad de Dios, sino la Iglesia santa? Los hombres que se aman entre sí y aman a Dios, que habita en ellos, son los que forman la ciudad de Dios. Si un Estado es configurado por las leyes, la ley de la casa de Dios es el amor y el amor es Dios. Pues claramente está escrito: «Dios es el amor» (*1 Jo. 4, 8*). Por tanto, quien está lleno de amor, está lleno de Dios, y muchos llenos de amor forman la ciudad de Dios. Esta ciudad de Dios es llamada Sión. Por tanto, Sión es la Iglesia. En ella «es grande Dios. Si estás en ella, Dios no estará fuera de ti» [*Explicación del salmo 98, 4; PL 37, 1260 y s.*].

«Un himno para la consagración de la casa.» Ahora es construída la casa, es decir, la Iglesia, después será consagrada. El día de la consagración aparecerá la gloria del pueblo de Dios, que ahora está escondida... Cuando vuelva nuestro Señor Jesucristo será la consagración... Será verdad esta llamada al pueblo de Dios, ahora oprimido por tantas tentaciones, escándalos, persecuciones, angustias. Quien no progresa no siente este tormento en la Iglesia, porque cree que está en paz. Pero que empiece a progresar y verá en qué apuros está; pues cuando la semilla creció y dió fruto, apareció la cizaña...

Sin embargo, hermanos, hasta el día de la consagración del templo, tengamos a la vista que nuestra Cabeza ya ha sido consagrada; la consagración de la casa ya se ha hecho en la Cabeza y también la consagración de la piedra fundacional. La cabeza está arriba, la piedra fundacional abajo, tal vez nos hayamos expresado mal... Pero no creo que erremos. Entienda vuestra santidad lo que quiero decir, tal vez pueda explicarlo en nombre de Cristo. Hay dos tipos de peso. Pues el peso es el impulso de una cosa cualquiera que parece que anhela su lugar. Esto es el peso. Llevas una piedra en la mano, sufres su peso, te presiona en la mano, pues busca un lugar. ¿Y quieres ver qué busca? Abre la mano y cae a tierra, reposa en la tierra... encontró su sitio. Este peso era como un movimiento involuntario, sin alma, sin sentido. Otras cosas buscan su sitio hacia arriba... del mismo modo que el agua echada sobre aceite busca su lugar hacia abajo, el aceite echado bajo el agua busca por su propio peso el lugar en la superficie... Para las cosas que tienden hacia abajo se pone abajo el fundamento, pero la Iglesia que está abajo tiende hacia el cielo. Allí está, por tanto, puesta nuestra piedra fundacional, Jesús nuestro Señor, que está sentado a la derecha de Dios» [*Explicación del salmo 29, 5-10; PL 37, 219-233*].

De acuerdo con la Sagrada Escritura y con los demás Santos Padres, San Agustín llama también a Cristo fundamento y piedra angular de esta construcción; también en esta imagen se expresa la copertenencia de Cristo y la Iglesia. Cuando se pasa del ámbito simbólico al real y se pregunta en qué consiste en concreto la relación entre Cristo y la Iglesia, responde la idea de que la Iglesia es el cuerpo de Cristo. San Agustín habla de las pare-



des de la casa; son los judíos y los gentiles. Esta imagen expresa que la Iglesia es el pueblo de Cristo que no está ligado a ningún pueblo concreto.

«El templo de Dios es santo y sois vosotros» (1 Cor. 3, 17), todos los que creéis en él y creéis amando. Pues creer en Cristo significa amarlo... Por tanto, todos los que así creen son piedras vivas de las que es edificado el templo de Dios (1 Pet. 2, 5), y como las vigas incorruptibles de que fué hecho el arca que no pudo hundirse en el diluvio. Y este es el templo [me refiero a los hombres mismos] en que se reza a Dios y El escucha. Pues quien siempre reza a Dios fuera de la casa de Dios, no es oído para aquella paz de la Jerusalén de arriba, aunque sea escuchado para ciertas cosas temporales que Dios concede hasta a los paganos. Incluso los demonios fueron atendidos, cuando pidieron pasar a los cerdos. Ser oído para la vida eterna es otra cosa y sólo es concedido a quien reza en el templo de Dios. Pues reza no en el templo en que todo era simbólico... Pero Dios arrojó simbólicamente del templo a quienes buscaban en él lo suyo, a quienes iban al templo para vender y comprar. Aquel templo era un símbolo y es claro que el cuerpo de Cristo es el verdadero templo... Encierra mezclados compradores y vendedores..., es decir, «los que buscan lo suyo y no lo que es de Cristo» (Phil. 2, 21). ¿Pero destruyeron el templo quienes lo habían convertido en cueva de ladrones? Así ocurre con aquellos que viven mal dentro de la Iglesia católica: por lo que a ellos respecta, desearían convertir la casa de Dios en cueva de ladrones, y, sin embargo, no por eso destruyen el templo. Llegará el tiempo en que serán arrojados con el látigo de sus pecados» [Explicación del salmo 129, 1-3; PL 37, 1704].

Para la interpretación de la tesis agustiniana de la Iglesia, *civitas Dei*, y casa de Dios vamos a recurrir de nuevo a los resultados de la investigación de Ratzinger. Basándose en el material de *Thesaurus linguae latinae* pudo distinguir aquí también dos grupos de significación. La palabra «civitas» es entendida unas veces en sentido preferentemente espacial y otras en sentido preferentemente jurídico. En sentido espacial significa la totalidad de la antigua ciudad-estado, sobre todo su extensión espacial. La «civitas» tiene carácter religioso de forma que *religio* y *civitas* o *religio* y *pietas* se pertenecen mutuamente; piedad y política coinciden; por tanto, es comunidad y es llamada por eso *corpus* (cfr. Cicerón).

La significación jurídica es especialmente importante, porque la unidad del imperio romano se fundaba en la unidad del derecho.

Las fuentes de la doctrina agustiniana de la *civitas* son este uso profano de la palabra y el uso escriturístico. En la Sagrada Escritura—sobre todo en el Antiguo Testamento—aparece la palabra en relación con Jerusalén y Babilonia. Jerusalén y Babilonia son los tipos de grandes comunidades, cuya lucha determina la historia humana. La *civitas Dei* abarca todo lo que pertenece a Dios y es la comunidad de los que dependen de Dios. Una parte de esta comunidad

peregrina todavía por la tierra. La característica de este grupo de la *civitas Dei* consiste en ser cuerpo de Cristo. Mientras peregrina por el desierto de este mundo hay oposición entre sus formas externas de manifestación y su íntimo misterio, ya que la ciudad de Dios cobija también a los pecadores.